

siempre anclado: esto produce efectos de pesadilla; hallarse un marino preso en tierra es mejor que verse condenado a padecer en un barco paralizado.

Y el Barco Asilo no podía moverse. — Aquello no es un barco—es una pajarrera—decía a sus camaradas cuando por acaso iba al puerto y se detenía en la «Cantina catalana» a echar un trago.

No había nacido para maestro; le costaba mucho vencer su rudeza, no podía emplear con los niños aquel vigor áspero que siempre había empleado mandando a verdaderos marineros; á veces quería cojer un rebonque é imponer leyes de patron absoluto... pero solo por no complacer al melillero maestro de escuela y al mosquita muerta del capellán, se dominaba.

Un día vió al maestro de escuela tirar de las orejas á un pequeñuelo, y sorprendió al capellán otra vez dando á otro capones en la cabeza.

—¿Qué extrañas tienen esos hojaldras?—dijo. Los niños le temían; siempre le hallaban con cara de judío, siempre le oían hablar enojado; debía de tener sangre más negra que la misma brea, y lo cierto era que en las maniobras no perdónaba una falta, quería además que las cosas se hicieran pronto y bien.

Los muchachos eran todos hijos de marineros; niños con voz hombruna, músculos recios, más animosos en los ejercicios de maniobra que aplicados en el estudio; morenos, graves, ceñudos, con caritas en las que se revelaba firmeza de corazón: amigos de hembra, fumadores furtivos y nadadores audaces; larvas de marineros, niños hombres, candeleros y terribles querubines del mar.

El contramaestre Juan miraba por igual á todos, no prefería á ninguno; quizá los amaba; pero tal vez temiera fijar su cariño en un favorito.

Llamaba al barco, además de la pajarrera, canasto de sardinas, grillera, hospicio de mar.

El contramaestre no había conocido á sus padres, ni había tenido familia: «Ni padre, ni madre, ni padrino que me ladre; he sido como el caracol», decía, y esto le llenaba de contento y por esto lanzaba á lo mejor risotadas estruendosas.

Lucianillo estaba entre los niños, pero no vestía aún el uniforme, acababa de llegar á La Velera, nombre del Barco Asilo, vestía unos pantalones de color de pasá, una chaqueta negra con botones de plata y unos botecignés desusados, con grifas y bocas.

Era un niño delgadito, pálido, diáfana la piel dejaba ver el ramaje de azuladas venas; sus ojos eran grandes, sombreados y tristes.

—¿Para qué va á servirte este renacuajo? decía el viejo contramaestre mirándole con una expresión indecible en la que no se sabía si se mostraba compasión ó desprecio.

La menuda gente de La Velera reía burlonamente de aquel niño alfeñique.

—Es un señorito—decía un asilado á otro.

—El hijo de un levitillas—añadía groseramente otro.

Más quebudo que un barquillo.

—Si sopla barlovento le pone en el tope de gallardete.

El contramaestre le dirigió varias preguntas, y al responder el niño, como le chocase al viejo aquella voz delgada y tímida, exclamó:

—Tiene voz de flautín.

Una explosión de risas acogió aquella gracia; toda la tripulación celebró la ocurrencia.

Lucianillo bajó los ojos.

—Anda, anda á cambiar de trapos.

El contramaestre fué á la cámara del maestro de escuela, que era el jefe del asilo; quería preguntar quién era aquel monito de porcelana que le habían entregado. El maestro de escuela le enseñó el libro de registros.

—Luciano de San José, natural de Madrid, expósito.

Leyó el contramaestre y quedó un momento pensativo: después dió un puñetazo en la mesa, y lanzando un taca, dijo:

—Bueno, y se falia al reglamento del Asilo; aquí no deben venir sino hijos de marineros, hijos de naufragos sería mejor, que repare el mar los males que causa, que apadrine á los que ha dejado huérfanos, pero á nadie más, recascos!

—Es que ese niño es naufrago de nacimiento—replicó el maestro.

El contramaestre no entendió bien la frase esdrasada y sentimental del maestro.

—En fin, le han recomendado, ya lo sé; pero no es un huérfano.

—¿Cómo?

—Se llama Luciano Córdoba, y le apadrinó—replicó el contramaestre.

III.

No había que decir é al muchacho ni una palabra; había entrado allí porque la benéfica Sociedad de Navieros concedía al hospital de la ciudad una pensión en el Asilo, y Lucianillo había sido designado por el director del hospicio para ocupar una de las plazas concedidas.

—Yo le haré á ese chico el recio; ha de ser un marino de primera; voto á Baco que no han de burlarse de mi chirriquitín—se decía el contramaestre.

Ya tenía este su favorito, y solía decirle.

—Vamos, Uspa, Chirri (le llama así por abreviar el nombre que le había dado de chirriquitín), sube como una ardilla; tú el primero siempre, ya sabes, te nombro cabo.

Al principio nada sintió sino una profunda compasión, una simpatía íntima hacia aquella criatura endeble y temerosa; luego tomó su defensa, castigando vigorosamente á los que se mofaban del niño; este efecto convirtióse en porfía, por la cual se empeñaba en hacerle el más vigoroso, el más hábil de la marinería infantil; por último, la pasión llegó á punto de hacerle ver lo que no era, de hacerle creer que en realidad el Chirri era el mejor de todos, no siendo así desgraciadamente.

—Es delgado porque es nervioso—decía—está blanco no porque no tenga sangre, sino porque es fino, y no como los otros zopquetes que están curtidos de negro como cangrejos. Chirri tiene coraje, tiene!—exclamaba.

Si en las maniobras ó en las regatas quedaba rezagado, consistía en que ó había comenzado después que los otros ó en que bajaba en peores condiciones ó, en fin, ó que no estaba de suerte. Cuando le preguntaban quién era el mejor de la clase, contestaba siempre: —El Chirri.

Y la verdad era que el pobre niño no tenía orgullo; con apropiada para los ejercicios físicos.

Un día el contramaestre halló á Lucianillo compungido y llorando.

Esto exasperó al marino. Fué la única vez que se enfadó con el niño.

—¿Llorar? ¡qué me quedaba por ver! Llorar el Chirri; lloran las mujeres, los marineros nunca (en la palabra mujeres iban comprendidos todos los hombres que no eran marineros). Yo no he llorado jamás (así era verdad), cuando murió Calmejo (un camarada suyo), me di de puñetazos.

Un día hizo el contramaestre un terrible descubrimiento; sintió el dardo de los celos; el niño estaba más contento al lado del maestro de escuela que á su lado; en realidad, á Lucianillo le gustaba más el estudio que el trabajo corporal, mas la dulzura mujeril del pedagogo, que el apasionamiento rudo del contramaestre.

—¡Mal rayo! siempre hará el chico un monaguillo, ese sábelo todo—murmuraba rabiando, y añadía: —por eso el Chirri lloriquea.

IV.

El contramaestre tenía ahorros que pensaba entregar al pequeñuelo; á veces trazaba en su imaginación la carrera del niño, le haría piloto; el chico era á propósito para mandar; tenía mucho en la cabeza.

Un día acaeció un suceso inesperado; el capellán del Asilo y otro señor cura llegaron al barco, y al poco tiempo fué llamado Lucianillo por el maestro, estuvo el niño en la cámara un instante con los sacerdotes y el maestro y después salió; fué á su litera, recogió su ropa y se dirigió á la cámara. En tanto el maestro avanzó al contramaestre que uno de los señores de la ciudad, muerto hacía dos ó tres días, había reconocido como hijo suyo á un expósito, y por no ir al infierno quiso dejarle heredero de todos sus bienes, recomendándole en el testamento que abrazase la carrera del sacerdocio.

—¿Bien y qué?—preguntó el contramaestre.

—Que esos han preguntado á Lucianillo si quería ser cura, y el chico ha dicho que sí.

Al contramaestre se le subió toda la sangre á la cabeza, había comprendido lo que acababa de pasar, y tambaleándose y sin saber lo que sentía, se dirigió á su camarote.

Cuando Lucianillo entró á despedirse del viejo creyó que no había nadie en el camarote; reinaba allí un silencio profundo, pero al fin halló al contramaestre acurrucado en un rincón; el anciano, al ver al niño, levantó la cabeza, y dijo con voz rogicte y dolorida:

—Hijo mío, sé dichoso.

El viejo lobo lloraba; lloraba como una madre!

JOSÉ ZANONERO.

FRONTONES Y PELOTARIS.

JAI-ALAI.

Venían precedidos los jóvenes azeitianos Antonio Urcelay y Juan Elorza, que lucían distintivo azul, de alguna fama, ya que nos hizo creer, antes de comenzar el partido, que sería éste compitido é interesante.

Nos llevamos un chasco mayúsculo, y con nosotros el público que frecuenta de ordinario el fronton de Puertas Coloradas.

Gamborena y Agote se llevaron los tantos de calle.

Fuó una derrota acentuadísima para los azeitianos, no ya solo por su inferioridad, sino por la precipitación con que jugaron y falta de dirección, que desde un principio se dejó notar. Especialmente Elorza jugó muchas pelotas.

Gamborena jugó seguro y fuerte, entrando bastante de bola; extendiendo regularmente y rotando bien. Agote cubrió con acierto la parte delantera, desarrollando un juego relativamente duro.

Urcelay y Elorza no hicieron cosa de provecho. Descompuestos y desaheranzados en los primeros tantos, ni se repusieron en juego ni se repusieron en ánimos.

Sea, sin embargo, dicho en honor de la verdad, el primero es superior al segundo. Tiene buen revés y alguna bola.

Elorza vale poco; no conoce los efectos de la pelota y su bola es muy insegura; así fué que traía de atrás, de bote, entregando en los primeros cuadros.

La empresa, que indudablemente pone empeños en dar variedad al espectáculo, haría bien en organizar algún partido á remonte, con Chiquibarr.

Son muy soporíferos, partidos de punta con principiantes.

POCOS PELOTISTICOS.

Dicen de Buenos Aires que las mejoras que la empresa del Fronton Nacional ha introducido en él, harán este el punto de cita de los aficionados al juego de pelota.

El número de palcos se ha aumentado en 40, que renuncian todas las condiciones de comodidad exigibles. Los asientos, en vez de ser graderías de madera, son bancos de madera combada con brazos de hierro que marcan el correspondiente asiento de cada uno.

En el mismo fronton se están construyendo cuartos de baños y gabinetes para comedores.

El jardín, convenientemente preparado, servirá á la concurrencia de sitio de solaz.

El cuadro de pelotaris contratados es completo en el género, y en él figuran nombres conocidos y ventajosamente juzgados por el público, tales como Eliegui, Marfara, Portal, Manco, Samperio y Chiquito, que hac n suponer desde ahora los interesantes partidos que con ellos pueden combinarse.

La empresa abraja el propósito de dar espectáculos nocturnos, á cuyo fin ha establecido una completa instalación de luz eléctrica.

La inauguración de la temporada pelotística se efectuará el 1.º del próximo mes de Diciembre.

Los pelotaris contratados para la temporada de verano de 1889 á 1890 en la Plaza Euskara de Buenos Aires, son los siguientes:

Francisco Renondo, Teodoro Arreciger, Joaquín Arbelaz, Cosme Echeverría, Nicolás Marfara, Alejandro Guruceaga, Juan Larralde, Pedro Echeverría (Tañolero), José Garmendia, Luis Ezeiza, Santiago Estalain, Enrique Saldaña, José Miner, José Ramón Lasarte, Celedonio Arámburu, Salvador Iguarán, Juan Bustigurrí, Antonio Almandoz, Agustín Olaso, Luis Araquistáin, José Ugalde y Félix Eliegui.

LA FLEMA DE UN YANKEE.

Ha llamado poderosamente la atención en Chuquisaca, capital de la República de Bolivia, un fallo pronunciado por aquellos tribunales de justicia en un proceso formado contra un súbdito de los Estados Unidos, acusado en un principio de asesinato.

Edmundo, francés, y Guillermo, norteamericano, vivían en una misma fonda; ocupaban las dos alcobas que separaba un gabinete, y eran buenos amigos.

Juntos estuvieron la tarde del día 14 de Julio último de cacería, y juntos regresaron á casa; regalaron las piezas cazadas al hosteleró y se acostaron.

Al poco tiempo Edmundo se levantó, encendió luz y escribió una carta que cerró, dirigiendo al señor juez el sobre.

Guillermo, dijo á su amigo, no tardarás en venir el juez. Cuando venga, que se entero de esta carta.

—Está bien, vamos á dormir, contestó Guillermo y dió media vuelta.

Edmundo, sin apagar la luz, empezó á enredar con una carabina, sin que al otro interesase nada de cuanto hacia su compañero; pero como el teco manega no cesaba, Guillermo hubo de preguntar: —¿Qué haces?

—Estoy furioso por mi torpeza. No acierto á disparar esta carabina con el pié.

—¿Te quieres matar?

—Sí; haz el favor de ayudarme.

Guillermo se levantó, y después que Edmundo dejó escrita, en sustitución de la anterior, otra carta en que declaraba cómo el hecho se había verificado, el francés se colocó en la barba el cañón, y Guillermo, sirviéndose de un bastón, oprimió el gatillo, acostándose luego tranquilamente. Al ruido del disparo acudió gente, llegó más tarde el juez, se levantó el cadáver y se apresó al norteamericano, acusándole de asesinato.

La historia que queda referida fué explicada por Guillermo ante el tribunal. Los peritos calígrafos declararon ser la carta del interfecto. El reo no incurrió en una sola contradicción, ni perdió un momento su sangre fría.

Nadie declaró nada que hiciese dudar de la verdad de la historia, y de los antecedentes adquiridos acerca de Guillermo, se supo que era un hombre de extraordinaria flema y extravagante en grado máximo.

En conclusión, el tribunal sentenció á Guillermo, después de admitir como ciertas sus declaraciones, á un año y un mes de prisión por el delito de complicidad en homicidio, y á una indemnización de 125 pesos fuertes al dueño del hotel por daños y perjuicios.

OTRO DESCALABRO.

Anoche se dijo que la coalición liberal había quedado rota ayer en Iruñ, entre los que en dicha villa la componen.

Parece que la comisión que debía designar una candidatura para las concejales vacantes en aquel Ayuntamiento, no ha podido entenderse, y ayer, cuando esa comisión tenía que dar cuenta de su cometido ante la reunión general de los liberales, hicieronse públicas las diferencias surgidas, por virtud de las cuales irán separadamente á la lucha electoral los partidos que hay en Iruñ.

La causa del rompimiento asegúrase que ha sido la diversidad de pareceres entre los coaligados, sobre el número y las personas de los republicanos que habían de ser candidatos.

Como resultado del rompimiento, se afirma que los republicanos irán á las elecciones unidos contra los monárquicos, considerando ya deshecha la unión liberal, á no ser que logro dividirse el señor D. José Machimbarrera, cuyo viaje á la mencionada villa atribúlese á tal propósito, fácil de sospechar, si se tiene en cuenta que colocados los republicanos enfrente de la unión liberal, hallanse lógicamente separados de los correccionarios suyos de San Sebastián que son disidentes, puesto que estos sostienen y se hallan dentro de aquella unión, que sufriría gran quebranto en la forma de aquellos elementos.

Tales eran los rumores que ante che circulaban, y transcribimos conforme llegaron á nosotros.

EL GENERAL GOURKO.

El famoso general ruso que se encuentra en la actualidad en Biarritz con su familia ha visitado de rigoroso incognito la Exposición de París la última semana que estuvo abierto el gran certámen internacional.

Esta visita, que ha sido un misterio para los parisienses, pues nadie se ha apercibido de la estancia del general ruso, es objeto de muchos comentarios entre los periódicos de la vecina República.

—Era simplemente por visitar la Exposición Universal ó tenía otro carácter la misteriosa visita?

Es lo que se preguntan muchos, que desean se aclare cuanto antes el tan discutido problema de la alianza franco-rusa contra la triple alianza.

El general pasó cuarenta y ocho horas en París modestamente instalado en un pequeño hotel de la rue St. Honoré. Si el público se hubiere apercibido de la estancia del general Gourko, que es partidario acérrimo de la alianza con Francia, indudablemente hubiera tributado una acogida calorosa al ilustrado huésped, atribuyendo muchos á esto que se ha querido sin duda evitar, el que haya guardado tan rigoroso incognito.

De estatura elevada, joven todavía y de varonil aspecto, el general Gourko es digno representante de los grandes señores de la Lituania cuyas familias han dado muchos héroes desde hace siglos al ejército moscovita.

De rubios cabellos, frente espaciosa, cara ovalada, y la nariz irreprochablemente modelada, posee una fisonomía enérgica.

Entre los numerosos hechos heroicos que le han dado una gran celebridad se cuenta el siguiente episodio:

Bajo una lluvia de metralla y frente al enemigo delante de las baterías de Tohipka decía, con voz afectuosa á los tiradores que volvían diezmados y tristes de un asalto infructuoso: «Buenos días, hijos míos; gracias por el servicio que me habéis

prestado; no siempre se consigue lo que se quiere, pero no desespereis por esto.»

Pocos hombres han sido tan enérgicos como Gourko; su maravillosa marcha á través de los Balcanes en la campaña contra los turcos en 1877 quedará como uno de los hechos de armas más extraordinarios que registra la historia militar de Europa.

En ocho días, el paso de los Balcanes defendido por el grueso del ejército turco que ocupaba posiciones inexpugnables, caía en poder del general Gourko, que ejecutó las maniobras con un atrevimiento increíble. Un detalle que hace su elogio es que Gourko hacia en esta campaña sus primeras armas. El entonces coronel Gourko, que no tenía más servicios de guerra, se reveló con este hecho de armas como uno de los primeros generales de su época.

Después de la rendición de Plewaa, á la que contribuyó muchísimo, su fortuna estaba asegurada, pues ha llegado á poseer en el más alto grado la confianza del Czar.

Idolatrado por sus soldados, era, con el malogrado Skobelof, el general de más influencia de todo el ejército ruso. Desde la muerte de éste ocupa el primer lugar entre los generales del imperio.

Un valor indomable y una voluntad de hierro, que no cree nada imposible ni admite que ningún obstáculo pueda estorbar sus planes, son los rasgos característicos del famoso general ruso, que está seguramente llamado á hacer un papel en la política europea.

EL ARBOL SERPIENTE.

Un periódico norteamericano refiere una facultad extraordinaria observada en un árbol obtenido de una semilla rara importada de la Australia.

Su crecimiento ha sido rápido; á los pocos meses tenía ocho pies de altura; se parece mucho á la acacia, pero tiene todas las cualidades características de la sensitiva, y alguna otra más verdaderamente fenomenal.

Todas las tardes al ponerse el sol, sus hojas se repliegan y las extremidades de las yemas se enrollan. Si se toca un botón, las hojas se agitan y estremecen, como indignadas, durante un minuto.

Resultando ya pequeño el sitio donde el árbol había sido sembrado, dispuso el propietario que se le trasplantara á terreno más favorable para su desenvolvimiento, y después de haber explicado bien la operación, se marcha á visitar sus tierras.

Al regresar algunas horas más tarde, encontró la casa en desorden, y á las gentes poseídas de la mayor consternación. A sus preguntas le contestaron que la acacia australiana había sido trasplantada, pero que la operación había disgustado al árbol hasta el punto de manifestar una gran colera.

Apenas entradas las raíces en su nuevo hoyo, todas las hojas se erizaron amenazadoras, como las puas de un puercito espín, sufriendo el tronco y las ramas verdaderas convulsiones.

Pero las señales de irritación no pararon aquí. Á la vez que hacia aquellos movimientos, comenzó á esparcir un olor desagradable é irresistible, parecido al que despiden la coque de cascabel cuando se le golpea. Fué necesario abrir las puertas y ventanas de la estufa para evitar la sofocación.

El acceso de rabia del árbol trasplantado duró más de una hora, y se ignora hasta cuándo se hubiera prolongado, porque puesto el sol en ese intervalo, llegó la hora en que este tipo extraño del reino vegetal se entrega al reposo. Todavía luchó algunos momentos; pero poco á poco se adormeció, calmose su mal humor gradualmente, sus hojas fueron replieándose una tras otra, las yemas se enrollaron y las ramas volvieron á su habitual inmovilidad.

Aunque al día siguiente no volvió á repetirse la escena, sin duda porque el árbol se resignaba con su nueva situación, ha llegado á constituir un objeto de terror para todo el personal de la plantación, y particularmente para los negros, en cuya opinión, esa pretendida acacia es un ser viviente é irascible, de una naturaleza más análoga á la de las serpientes que á la de un árbol.

LOS DINEROS DEL SACRISTÁN.

En la aldea de Audés, departamento del Allier en Francia, fué robado en la noche del 12 al 13 del actual el cura párroco, de la siguiente manera.

En la citada noche, hacía las dos de la madrugada, estaba acostado y durmiendo el cura, cuando fué despertado bruscamente por dos hombres, que le ataron, le echaron una manta sobre la cabeza, y al mismo tiempo le amenazaron con matarle si se movía. Los criminales se apoderaron de 60.000 pesetas, importe de una renta anual que el sacerdote recibe desde hace algún tiempo y que había cobrado la víspera. Después penetraron en la habitación donde dormía el hermano y le ataron también; luego se escaparon los criminales, sin que hasta la fecha hayan sido encontrados.

La historia de la renta de 60.000 pesetas que recibe anualmente el cura Martin, constituye una novela.

Hace algunos años, el cura Martin recogió en su casa, por lástima, á un individuo de aspecto miserable, que le dijo pertenecía á una familia muy rica, á quien había deshonrado por varios delitos á consecuencia de los cuales fué condenado á presidio. El individuo manifestó al cura que quería no ser conocido y pasar el resto de sus días en un claustro.

El cura Martin encontró en un rincón de España un manasterio que abrió sus puertas al descomulgado penitente.

Algunos años después, el cura recibió de un notario una carta en que se le anunciaba que era el heredero universal de un señor D... que había muerto en un convento de España y se le invitaba á recoger la herencia que era de algunos millones de pesetas.

El cura se trasladó al pueblo donde radicaba la herencia y se encontró allí con un hermano del muerto, el cual había heredado de los padres todos los bienes que correspondían á ambos hermanos. Cuando se enteró de los documentos que llevaba el cura, tuvo que convencerse de la reali-